

# Tres hitos de un largo camino

---

## *Jesuitas de España\**



Con este título, más que de una presentación detallada y técnica del libro de los Ejercicios, se pretende presentarlo de un modo más vital, procurando acercarnos a la sabiduría profunda que le atraviesa a través de tres hitos fundamentales del mismo.

Ignacio define en estos términos lo que entiende por ejercicios espirituales: *“... todo modo de preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales”* (nº 2).

Hay, por tanto, como un doble objetivo que se va entrelazando a lo largo de los ejercicios. A la vez que se va haciendo una profunda experiencia de Dios se va buscando su voluntad para una realidad personal muy concreta como es la de ir descubriendo no sólo el “estilo de vida” sino el “estado de vida” que el Señor quiere para cada ejercitante. Así, el objetivo eminentemente místico (de unión con Dios) que atraviesa los ejercicios ha de tocar y concretarse en la elección del “estado de vida” en que dicha experiencia quiere hacerse realidad. Tan importante es este segundo objetivo, que algunos especialistas defienden que es el objetivo fundamental, aquel hacia el cual Ignacio organiza todos sus ejercicios. Y no les falta razón.

El modo como Ignacio articula la experiencia conducente al doble objetivo mencionado gira en torno a los tres grandes hitos que presentamos a continuación:

---

\* Provincia de la Compañía de Jesús en España. Texto tomado del sitio web Jesuitas de España

## 1. “El hombre es criado para...” (nº 23)

El primer hito de ese largo camino de treinta días no es otro que el Principio y Fundamento. Es el gran pórtico de entrada, el mapa que traza a grandes rasgos las pistas por donde se va a mover y caminar el ejercitante. Para ello, lo primero que se le ofrece para su consideración es su horizonte último, el fin y el sentido último de su existencia, aquello que le dinamizará para ponerla en marcha y darla su auténtico sentido. Un horizonte existencial que no está en él mismo, sino en Dios —nuestro Criador y Señor— ante el cual el ejercitante se reconoce como criatura agradecida, reverente y servicial haciendo que su vida se transforme en un canto de alabanza, de admiración y servicio a tal Criador y Señor. “Servid al Señor con alegría”, nos dirá maravillosamente el Salmo 100,2.



Pero este horizonte último y esa actitud de servicio alegre y agradecido no consiste única ni principalmente en quedarse en una especie de éxtasis contemplativo —“mirando al cielo”—, sino en un vivirse codo a codo con todas las cosas creadas, acercándose a ellas respetando el fin para el que han sido creadas, que no es otro que el que nos sirvan de ayuda y de apoyo —“compañeras de camino”— para desde ellas permanecer alegres en el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor. Esto requiere una profunda finura espiritual, una gran capacidad para no distorsionar dicho fin, aprendiendo a distanciarse amigablemente de ellas —indiferencia— para crear en el corazón de cada uno un espacio de libertad que le permita volver a ellas y elegir las con el único deseo de que le conduzcan derechamente al fin para el que ha sido creado.

Este primer hito del camino sitúa al ejercitante cara a cara con el Dios creador, relacionándose con Él y con sus criaturas en clave de libertad. De ahí la lograda expresión del P. de Guibert —un gran especialista en la espiritualidad ignaciana— cuando dice que la experiencia del mes de Ejercicios consiste en “un diálogo entre dos libertades”. Por ello, el “principio” de los Ejercicios es, a su vez, su “fundamento”, la piedra angular sobre la que se construye todo el edificio.

## 2. “Los que más se querrán afectar...” (nº 97)

El segundo gran hito que señala el camino lo constituye la meditación del Rey eterno (nn. 91-100), nuevo pórtico de entrada, ahora en clave de seguimiento y, por tanto, modo concreto de llevar a cabo el ideal —la vocación— planteado en el P y F. Es la meditación en la que “Cristo nuestro Señor, rey eterno”, predicador ambulante por “sinagogas”, “villas” y “castillos”, manifiesta su voluntad de conquistar todo el mundo para Dios e invita a cada uno a colaborar con él en esta maravillosa aventura. A la vez que anuncia el objetivo, formula en apretada síntesis, el modo de llevarlo a cabo, que no es otro que el compartirlo todo con él (comida, trabajo, penas, alegrías...).

Ante tan extraordinaria propuesta, ¿cómo reaccionarán “los que más se querrán afectar”, es decir, aquéllos que más quieran distinguirse por su generosidad en el servicio de tal Rey y Señor?

Uno podría esperar espontáneamente un acto heroico y voluntarista de parte del ejercitante, tan típico de aquel que está dispuesto a darlo todo por Cristo. Sin embargo, lo que se le propone como respuesta es una oración —en clave de oblación— en la que el ejercitante, en actitud humilde y confiada, reconoce que está dispuesto a todo por el seguimiento del Señor, pero condicionado a que quiera su “santísima majestad” elegirle y recibirle en tal vida y estado (nº 98). El sentido pasivo —ser elegido, ser llamado, ser recibido— empieza así a impregnar toda la experiencia de los Ejercicios.

Una vez atravesado este pórtico, el ejercitante está en buena disposición para hacer lentamente el largo recorrido del seguimiento y de la identificación con Cristo. Para ello tendrá que ir contemplando uno a uno “los misterios de la vida del Señor”, para que de tanto ver, oír, mirar, advertir, contemplar y reflexionar sobre cada misterio se vaya imprimiendo en sus ojos y en su corazón la imagen de Jesús, de modo que pueda reproducirla lo más adecuadamente posible en su propia vida. Seguimiento e imitación, imitación y seguimiento, dos polos de una misma realidad, dos modos de concretar la única respuesta a la única llamada del Rey eterno. Tiempo largo de asimilación y maduración a través de la segunda, tercera y cuarta semana.

### 3. “En todo amar y servir” (n. 233)



El tercer gran hito de los Ejercicios lo constituye la “Contemplación para alcanzar amor” (nn. 230-237). Un hito que es ya la cumbre, el lugar desde donde se divisa todo el camino recorrido y desde donde se hace un último y definitivo intento de profundización en el misterio amoroso de Dios a través, ahora, del reconocimiento agradecido de todos sus dones. De ahí que al ejercitante se le ofrezca la gran oportunidad de sondear a través de esta contemplación toda la realidad —divina y humana— para descubrir en ella al Dios que la anima, habita, trabaja y se deja percibir a través de ella. Impresionado por esa inmensa cascada de dones, al ejercitante no le queda otra alternativa que la de rendirse en un gesto de total agradecimiento expresado en clave de ofrenda total de sí (“Tomad, Señor, y recibid...”) quedando, así, definitivamente envuelto en la dinámica del amor y del servicio: “En todo amar y servir”, cumbre de la vida cristiana. Los tres hitos se desarrollan en un continuo crescendo en clave de superación. Tanto la libertad anunciada en el Principio y Fundamento, como la oblación para responder a la llamada del Rey Eternal quedan asumidas y superadas en la dinámica del amor y del servicio de la Contemplación para alcanzar amor. Esta constituye, por eso, la cumbre de la experiencia, a la vez que hace de trampolín para seguirla ejercitando en medio del permanente ajeteo de la vida diaria.

### La pedagogía de la oración ignaciana

Nada más lejos de la verdad el pensar que Ignacio escribe el libro de los Ejercicios “ex nihilo”, como si fuera el inventor o creador único de todo en lo que él aparece. Muy al contrario. Ignacio es deudor de una larga Tradición en todo lo que se refiere a aquellos elementos que le configuran: modos de orar, discernimiento de espíritus, devoción a la humanidad de Cristo, distribución por semanas... Pero la genialidad de Ignacio consistió en dar a esa gran herencia recibida de la Tradición un toque personal, fruto de su propia experiencia y enfoque de las cosas de tal manera que deja en cada una de ellas una impronta muy particular que las configura con un aire auténticamente ignaciano.

Y si eso se puede afirmar de muchas de las piezas que componen el *puzzle* del libro de los Ejercicios, un ejemplo típico lo encontramos en la que constituye uno de los “ejercicios” fundamentales de los mismos, que no es otro que el de la oración. A través de la obra del abad García de Cisneros conoció Ignacio la práctica de la “oración mental” y “metódica” de la Devotio Moderna, que dio lugar a la “Lectio Divina” propia de los monjes. De ahí que abunden por todas partes los estudios comparativos entre los cuatro momentos —lectura-meditación-oración-contemplación— de la Lectio Divina y el lenguaje y enfoque con que se presentan en el libro de los Ejercicios. Desde ese influjo de fondo, Ignacio va a distinguir netamente dos tipos de oración: la meditación y la contemplación. Cada una tiene sus matices propios. La meditación (y su equivalente más cercano, la “consideración”) es más activo-reflexiva y la sitúa en la materia que no son pasajes evangélicos y es más propia —aunque no exclusiva— de la Primera Semana, dedicada a la meditación sobre el pecado. La segunda es más pasivo-receptiva y la sitúa a lo largo de la Segunda, Tercera y Cuarta Semana en las que se contempla la vida de Cristo. El paso de una a otra supone un enfoque progresivo a través del cual el ejercitante irá pasando de una experiencia más centrada en sí mismo (con el esfuerzo propio del que “medita” con todas sus “potencias” —memoria-entendimiento-voluntad— a otra más centrada en el objeto mismo de toda oración —Dios, a través de los misterios de la vida de Cristo— destacándose así el elemento más pasivo de la misma. Paso, en definitiva, de una experiencia más bien de tintes ascéticos (meditaciones), a otra más decididamente mística (contemplaciones).

Pero en ambas claves o modos de orar destaca con fuerza un rasgo característico de la pedagogía ignaciana de la oración que no es otro que su fuerte dosis de personalización. En contraste con los elementos que recibe Ignacio de la Tradición que van más bien enfocados a las características propias de la vida monástica (coro y su distribución por días...), en los Ejercicios quedan todos ellos concentrados en la persona que los hace, y condensados en el tiempo de un mes. Tiempo —semanas— que van marcando un itinerario que avanza no linealmente, sino en espiral, donde cada ejercicio le ayuda a ir perforando cada vez más el nivel de profundidad al que todos apuntan y que no es otro que el “conocimiento interno” de Cristo que “por mí” se ha hecho hombre, ha vivido, ha muerto y ha resucitado.

Hacia este objetivo van dirigidas las orientaciones tan precisas —y hasta minuciosas— con las que Ignacio enmarca no sólo el tiempo de cada meditación y contemplación (oración preparatoria, preámbulos: traer la historia, composición viendo el lugar, petición, puntos, coloquios...), sino el tiempo exterior a las mismas —anotaciones, adiciones...— como ayudas necesarias para que el ejercitante esté en todo momento con todos sus poros bien abiertos para dejarse impregnar más y más de aquello que medita o contempla. De ahí la insistencia en el reposo, sin querer saber mucho o abarcar mucha materia sino “sentir y gustar de las cosas internamente” (nº 2); de ahí los ejercicios de repetición basados en las reminiscencias que cada meditación o contemplación va dejando en el alma del ejercitante; de ahí la tan traída y llevada “aplicación de sentidos” (nn. 121-125). Todo ello con una única pretensión pedagógica que consiste en que sea todo el ser del ejercitante —principalmente sus afectos y su corazón— el que quede impregnado y moldeado por aquello que medita y contempla.

Sólo con esta finalidad personalizadora presenta Ignacio cada día, y todos los días, de un modo perfectamente organizado, sin dejar casi nada al azar, aunque, por esa misma atención a cada persona y a sus capacidades reales, le recuerde al que los da que tenga toda la flexibilidad posible para adaptarlos a cada una de ellas. Rigor y flexibilidad al servicio del que los hace hasta que éste, a medida que avanza en la experiencia, vaya necesitando cada vez menos de dichas orientaciones y apoyaturas externas.

### La importancia del discernimiento

Hay quienes piensan que hacer los Ejercicios ignacianos consiste, fundamentalmente, en incrementar el tiempo de oración —cuatro o cinco horas diarias— para ponerse de nuevo al día en una experiencia cristiana que juzgan fundamental y que por el ajetreo de la vida suele oxidarse y desgastarse fácilmente. El deseo no es malo, pero es insuficiente, pues entrar en la dinámica de los ejercicios es, sobre todo, dejar pasar la experiencia de oración por la criba del discernimiento. Tan ignaciano es este ejercicio del discernimiento que algún autor le ha apellidado, por eso, con el título de “maestro de la sospecha”. Pues por ahí, al menos, empieza

el discernimiento, por la capacidad de sospechar que no todo es como parece a primera vista, sino que toda experiencia —y más aún en la vida espiritual— es compleja y necesitada de clarificación y, por tanto, de discernimiento.

## La terminología

Conviene aclarar desde el principio que Ignacio nunca emplea la palabra “discernimiento”, sino que en un lenguaje muy acorde con lo que entiende por “ejercicios” utiliza más bien verbos de acción que invitan al que los hace a “ejercitarse”. Así, en el nº 1 —en la 1ª anotación— en la que describe lo que entiende por ejercicios espirituales, entre otros muchos alude a “todo modo de examinar la consciencia”. Este examinar la consciencia será un ejercicio permanente y lo concretará, entre otros, en tres tipos de exámenes: uno sobre el “Examen particular y cotidiano” (nº 24); otro sobre el “Examen general de consciencia para limpiarse y mejor se confesar” (nº 32); el tercero, en el que vulgarmente se llama el “examen de la oración”. Estos exámenes no son estrictamente hablando un discernimiento, pero se acercan mucho a él y preparan para el mismo. Más clarificador es al respecto el lenguaje que utiliza para encabezar las dos famosas series de reglas para la primera y la segunda semana. En el encabezamiento de las de la primera (nº 313) utiliza verbos como sentir, conocer, recibir, lanzar... (mociones), y en el encabezamiento de las de la segunda (328) utiliza la expresión “discreción de espíritus”.



## Ayudas para momentos claves

Aclarado este punto terminológico, lo que sí conviene destacar es la importancia que Ignacio va a dar al ejercicio de volver constantemente sobre la experiencia —de oración en este caso— para seguir la pista a las mociones, sentimientos, pensamientos, decisiones... que brotan de ella, para “sospechar” que no suelen ser tan evidentes y claras como a primera vista puedan parecer, sino que pueden ser sentidas como “mociones” diversas y contrapuestas o provocadas por “diversos espíritus”. De ahí la necesidad imperiosa de detectar con todo detalle las

características de unas u otras mociones (reglas de primera semana) o de uno u otro espíritu (reglas de segunda semana), para que todo el proceso interior que se desencadena en el ejercitante pueda ser calificado como proveniente de una buena o mala moción o del buen o mal espíritu para así obrar en consecuencia.

En definitiva, sin “mucho examinar” y sin mucha “discreción de espíritus” es imposible encontrar la voluntad de Dios en lo concreto —en el aquí y ahora— que es el objetivo fundamental en el que se ve envuelto el ejercitante.

Junto a los “exámenes” y las dos series de “reglas” que ayudan a discernir las diversas mociones y los diversos espíritus, Ignacio quiere que el ejercitante mantenga también esta actitud de “sospecha” en un momento clave de sus ejercicios, en aquél en que ha de enfrentarse con la averiguación del estilo y el estado de vida concretos que Dios quiere para él. Para prepararle adecuadamente para este momento crucial le propone la meditación de “dos banderas” (nn. 136-148) y la de “tres binarios de hombres” (nn. 149-157). A través de la primera tendrá que aprender a detectar cuál es la del buen espíritu (la de Cristo) y la del mal espíritu (la del enemigo de natura humana). Tendrá que aprender a “sospechar”, para no dejarse engañar, no sea que creyendo estar bajo la bandera de Cristo termine viviéndose, como pez en el agua, en la bandera contraria, tomándola por verdadera. Delicada tarea, con consecuencias imprevisibles y normalmente funestas. La segunda —los tres binarios de hombres— es un complemento esencial a la primera. Pues se puede captar con cierta facilidad los rasgos que distinguen la bandera de Cristo de la del mal espíritu (en esto consiste la lucidez evangélica), pero se puede no ser coherente con dicha lucidez y no hacer lo que de hecho está iluminado. ¿Qué se suele interponer entre una cosa y otra? ¿Es un asunto de debilidad o de pecado? No. Se trata más bien de un problema de “afectos” o de “sentimientos” y de su estar bien o mal ordenados. Será mirándose en el espejo de los tres tipos de personas como aprenderá a descubrir en qué medida sus sentimientos y afectos están ordenados o no, para no caer en la fácil trampa de las justificaciones afectivas que le llevarían a elegir no lo que Dios quiere realmente de él (tercer binario), sino aquello que él cree que Dios quiere para él (segundo binario), o simplemente no elegir retardando indefinidamente la decisión —primer binario—.



Juntamente a estas dos meditaciones, y para seguir preparando al ejercitante en este momento crucial de los Ejercicios, le invitará a considerar los “tres grados de humildad” (nn. 164-168) y a tener en cuenta las sabias consideraciones que se encierran en el tratado sobre la elección (nn. 169-189).

Llegamos así a la conclusión de que la actitud permanente de discernimiento es la condición “sine qua non” para hacer unos auténticos ejercicios ignacianos y base, por tanto, para que el ejercitante alcance el fin principal de los mismos, que no es otro que el de buscar y hallar la voluntad de Dios para la disposición concreta de su vida.

Por todo lo dicho, no va desencaminada la identificación casi espontánea que se hace de Ignacio con el discernimiento, hasta tal punto que este binomio ha quedado impreso en la conciencia colectiva de la Iglesia como uno de los legados más importantes de Ignacio a la misma. Y esto, no porque haya sido algo así como el inventor o creador del discernimiento —hay una riquísima historia del mismo siglo antes que él, y en la que él mismo se ha inspirado— sino porque toda su espiritualidad la formula desde el prisma del discernimiento y no a través de grandes discursos teóricos, sino de “reglas” y orientaciones muy prácticas y asequibles a todo aquél que se proponga sinceramente hacer de su vida una expresión clarividente de la voluntad de Dios.

Todas las reglas y orientaciones que Ignacio da en el libro de los Ejercicios están directamente enfocadas hacia el “discernimiento personal” que cada cual ha de hacer a lo largo de la experiencia del mes de ejercicios. Pero, respetando sus características propias, ha iluminado y sigue siendo el soporte de otros dos ejercicios de discernimiento fundamentales: el discernimiento comunitario y el discernimiento apostólico.

Jesuitas de España. Tres hitos de un largo camino [en línea]:  
<http://www.monomedia.biz/jesuitas/pages> [Consulta] 29 de mayo 2006